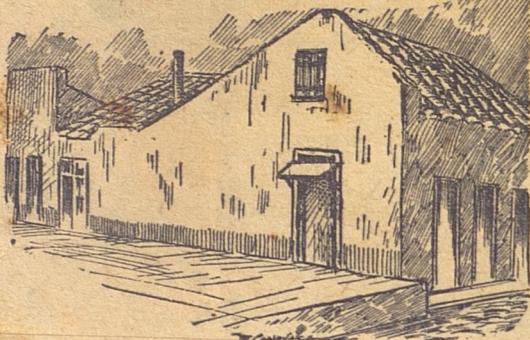


Viejas postales descoloridas

# Una Esquina de HISTORIA

por Federico Villock



**L**A dedicamos una de nuestras viejas postales descoloridas a hacer la «Historia de una Esquina»; vamos a consagrarle la presente a «Una Esquina de Historia», que debe figurar también al lado de las históricas esquinas de la Habana, por lo interesante de ella. Nos referimos a la de la calle de la Peña Pobre y Monserrate, hoy Avenida de Bélgica, que aunque al presente se encuentra desplazada, o mejor dicho, sumergida, a un costado de la Avenida de las Misiones, que sube en desnivel desde su comienzo hasta el frente del Palacio Presidencial, en su tiempo se levantaba, pintoresca y airosa, en aquellos sitios donde apenas existe un palmo de terreno que no ocupe una página de alta significación en los anales de Cuba. allí, en aquella hondonada, el Teatro de Villanueva, asaltado y tiroteado por los voluntarios españoles la noche del 22 de enero de 1869; allí, en la esquina de Chacón y Monserrate, la Jefatura de Policía, en tiempos de la Colonia, a donde primeramente eran conducidos los vagos, criminales y detenidos políticos, antes de ser embarcados para los presidios de Nueva Gerona, Ceuta, Fernando Po y Chafarinas; allí, alledaña, la pintoresca barriada del Angel, alegre campo de las famosas y ya extinguidas Ferias de San Rafael; y allí, el escenario en que se desarrollaban las páginas más atrayentes de la «Cecilia Valdés» de Villaverde. En un pequeño trozo de muralla, que la piqueta moderna conservó como recuerdo de las históricas de la primitiva Habana de Velázquez, existe una garita de centinela, que si no tuviese tanta importancia por sí sola, la adquirió sobrada, recientemente, al caerse desde su altura, y hallar la muerte en el duro suelo, un turista americano que se había subido a ella con su kodak para tomar una vista de aquellos alrededores: acaso la única muerte de que fué culpable aquella garita de centinela, en toda su larga bélica historia...

Ya que la tenemos delante, vamos a dedicarle de paso, unas cuantas líneas a nuestra Casa Presidencial. En los Estados Unidos la llaman «La Casa Blanca»; en Buenos Aires, «La Casa Rosada». ¿Por qué no le llamamos a la nuestra—ya que hay más de una razón para ello—«La Casa



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Amarilla»? Este Palacio no fué edificado especialmente para la presidencia, sino para el Gobierno de la Provincia, acometiendo la obra el entonces Gobernador de la misma, Ernesto Asbert. Según creemos recordar, Menocal, que era, cuando se terminó la fabricación de este Palacio, Presidente de la República, en su segundo período, hizo que el Estado lo adquiriese en tres millones setecientos mil pesos—la mitad, decían, costó la «Casa Blanca»—, invirtiéndose aparte cien mil pesos en vajilla, mantelería, ropa de cama y muebles. Pero hay que tener en cuenta que era la época en que se pagaba veinte y cinco pesos por un par de zapatos; treinta por un sombrero de señora; veinte y cinco y treinta centavos por la libra de azúcar; y aquella en que los colonos compraban brillantes como paquetes de maní tostado. Previa algunas necesarias ampliaciones y modificaciones, se trasladó a ella el Presidente allá por el año 1918, dejando el Palacio de los Capitanes Generales españoles que había ocupado hasta entonces, y que en lo adelante ocuparía por entero nuestro Municipio.

Ningún otro edificio, por todos conceptos, mejor que éste para albergar al Primer Magistrado de la República: se halla enclavado en el centro mismo de la ciudad; es sencillo y modesto, como nuestro carácter; de corte moderno, como nuestras inclinaciones e ideas actuales; y cuando el viajero entra por la boca del Morro, es lo primero que se ofrece a su vista desde el barco que lo conduce. Antes, lo primero que veía era el enorme caserón amarillo del Presidio. Se discutió larga y acaloradamente sobre esta determinación de Menocal; y uno de los argumentos que con mayor énfasis esgrimían los opositoristas de aquel propósito, era que el tal Palacio, como «casa del gobierno», resultaba «muy pequeño», seguramente, para albergar a los innumerables aspirantes al presupuesto que tienen siempre todas las situaciones políticas.

Pero vamos a ocuparnos ya de la modesta casita de la Peña Pobre y Monserrate, hoy Avenida de Bélgica, «una esquina de historia», como dijimos. Sin aquella casita, y otras por el estilo, de que hablamos y hablaremos, en su oportunidad, no hubieran existido el Palacio Presidencial que citamos; ni el Capitolio; ni nuestra hermosa Universidad; ni «Columbia», ni otras grandezas capitalinas: porque en ellas—en los duros y azarosos tiempos de las conspiraciones—nos regaló la gallina revolucionaria con sus famosos «huevos de oro». En aquel tiempo esta casita estaba marcada por la calle de la Peña Pobre con el número 57, y hoy con el 120, conservándose al presente tal y como era entonces. Después de la demolición del antiguo e histórico teatro de Villanueva, que, convertido en barracón, durante mucho tiempo sirvió de albergue a chinos vendedores de maní y cajitas de fósforos e indigentes de varias clases, quedaron allí unos solares yerinos en cuyos matorrales y farnias se guarecían vagos y maleantes de la peor especie, hasta que más tarde empezaron a recobrar vida con las fábricas destinadas al gran edificio en



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

que se halla actualmente la acreditada marca de Cabañas y el trust tabacalero, y los andamiages para levantar el Palacio de la Provincia a que antes nos hemos referido. Algún que otro farol de gas extendía su luz temblona y humosa a larga distancia, uno de otro, en aquellas soledades, que los transeuntes evitaban cruzar apenas caían las primeras sombras de la noche. El destartalado teatro de Villanueva era un caserón redondo, parte de madera y parte de mampostería, aunque más de lo primero, y cubierto con un techo de planchas de zinc en cuyo centro se elevaba un palo largo con una bola en la punta: más que un teatro, semejaba una gran valla de gallos o una plaza de toros. Detrás de la iglesia del Santo Ángel se levantaba un alto muro, como para separar de la civilización aquellos andurriales que tenían el aspecto de una verdadera «ruina romana». La calle de Monserrate, que por allí se extendía hasta el mar, era entonces, por su soledad y aislamiento, de lo más a propósito para el misterio; la cita clandestina; el conciliábulo; la conspiración. Se componía de casuchas de mal aspecto, ocupadas por soldados, carretoneros, gente pobre y de reputación equívoca. La llamaban el «recinto de la muralla». ¡Desdichado del viandante nocturno que se encontrase en aquel desierto con el mulato Eligio Rincón: o dejaba la bolsa, o dejaba la vida! El tal Eligio Rincón fué por mucho tiempo el beduino de aquel desierto, perseguido sin descanso, Trujillo Monagas; hasta que al fin cayó bajo los tiros de los policías Sabatés y Miró, pareja inseparable que figuraba siempre en los sucesos políticos de entonces de mayor importancia.

Enfrente y paralela a la de Monserrate, se desarrolló y pobló con los años, la calle de Zulueta, llamada así en recuerdo del acaudalado comerciante español, Coronel de voluntarios, Excmo. señor don Julián de Zulueta y Amondo, natural de Alava, que falleció aquí en la Habana el 4 de mayo de 1878, a consecuencia de una caída de caballo, lo que le impidió que diera término al gran edificio que levantaba y que se llamó después «las ruinas de Zulueta», sobre las que «Chichón» levantó más tarde la «Manzana de Gómez». Recordamos a Zulueta de verlo en las grandes paradas cuando teníamos de ocho a nueve años, que era un hombre de muy pequeña estatura; a caballo parecía un muchachito.

Hasta hace poco estuvieron en estos sitios los Almacenes de los Fosos Municipales, y relativamente hasta nuestros días, la horrible caseta del Necromio, que Carlos Miguej hizo trasladar a la Escuela de Medicina, al empezarse a construir la Avenida de las Misiones; siempre él, cuando se trata de alguna reforma capitalina de importancia. El viejo teatro estuvo enclavado, poco más o menos, cerca de donde hoy se encuentra el Palacio Presidencial. ¡Quién iba a decirles a los «mambises» y «bijiritas» que allí fueron tiroteados el año 69, que por aquellos sitios iba a levantarse, medio siglo después, la casa del jefe de la República Cubana!



A veces se convertían aquellos eriales en «campos catalaunicos», donde los juegos de ñañigos, tan numerosos en aquella época, dirimían a tiros y navajazos sus rivalidades. Entre los mismos pilletes callejeros, los de la Loma del Angel gozaban de supremacía sobre sus colegas de los otros barrios de la ciudad, por su acometividad y guapeza: las pedreas eran continuas, poniendo en peligro las cabezas de los transeuntes. Un detalle, que en nuestra calidad de postalistas de ayer, no queremos pasar por alto: en esta simpática, escondida y pintoresca callecita de la Peña Pobre, vivió por aquel entonces el conocido profesor violinista y director que fué en múltiples ocasiones de las orquestas de ópera que funcionaban en Tacón y Payret, don Carlos Ankerman; y en ella nacieron sus hijos, entre ellos el inspirado autor vernáculo Jorge Ankerman, creador de tanta aplaudida música criolla.

No obstante los años, los cambios y las mejores que allí se han llevado a efecto, aquel rincón del Angel ha conservado su tradicional aspecto de tranquilidad, de retiro y de poesía legendaria; sin que temamos caer en el error, puede asegurarse que aquello es de lo más original y típico que puede ofrecer la Habana a los turistas: un par de bustos de personalidades artísticas y unas cuantas lápidas conmemorativas, revivirían todo un pasado de gloria. El pasado, dice un escritor francés, es un jardín que hay que cultivar y regar continuamente, para que sus flores se conserven vivas y lozanas; cuando cae sobre ellas el polvo del olvido, desaparecen...

La casita de la Peña Pobre y Monserrate, de cuya historia vamos a ocuparnos, no tenía entonces mejor aspecto que el que ofrece al presente, con su tejado de viejas tejas españolas que se puede tocar con las manos; su construcción de aduar africano; sus tapias; sus accesorios y recovecos. En la actualidad la sala de esta casita la ocupa un tren de bicicletas de alquiler, que se llama «El Rápido»; y antes estuvieron allí una bodega, un puesto de frutas, una carbonería, etc. Llegada la noche—1885—se entreabría con sigilo la pequeña puerta de la accesoria, sita al fondo de la casa, y que tenía además una ventana con varios agujerillos en la madera que servían de punto de mira, dejando pasar un débil rayo de luz—de una lámpara de «aceite de carbón—, y uno detrás de otro, de minuto en minuto, iban entrando en ella con el aire de conspiradores de teatro, Pablo Viola, el «Mocho» Rodríguez, José Lacret, Enrique Collazo, que era entonces cajero en el escritorio de Lorenzo Ferrán y Ajuria; alguno que otro más; y el último, Carlos Figueredo, de Jiguani, sobrino del «Rouget de Lisle» criollo, que escribió el Himno de Bayamo—todos alrededor de los veinte—con el único objeto de hablar de la guerra del 68, de sus combates, de sus fechas gloriosas, de sus hombres, Maceo, Rius Rivera, que no perdió nunca su acento catalán de puertorriqueño educado en Barcelona; Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García, de modo que no decayese ni un día el entusiasmo; ni se apagase la luz que iluminaba el ideal; ni se perdiese el contacto entre los supervivientes del 68, que lo habían mantenido en alto. Allí se leían y comentaban los mensajes de



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

5

Cayo Hueso y de Oriente; allí, cuando se iniciaron las reformas de Maura, presintieron con desencanto un desfilé de la juventud hacia los halagos del presupuesto insular y los atractivos de la «Cámara Unica»; pero allí también, cuando se supo del fracaso de aquel plan político, levantaron otra vez el vuelo sus corazones de patriotas, llenos de esperanzas; y allí, en fin, se repicó a gloria, cuando se supo que Martí había logrado unir y poner en contacto a Máximo Gómez y Maceo; lo que significaba el primer jalón de la gloriosa jornada Manuel de la Cruz, íntimo amigo de Carlos Figueredo, e inquieto espíritu revolucionario que no desahansó nunca, iba también a la casita de la Peña Pobre de tarde en tarde, a «saber cosas»...

Algunas veces se quedaban en la casita hasta bien entrada la mañana; y entonces almorzaban allí un suculento ajiaco a la criolla, hecho con todas las de la ley, en su casa de Monte esquina a Aguila, por doña Antonia Calá, la que lo mandaba a la Peña Pobre en una gran cacerola y en un coche, con una negrita criada de «aquellas de lacitos rojos en los moñitos parados», y que indefectiblemente se llamaba Eulogia o Simona. Esta doña Antonia era madre de Conchita Figueredo, y abuela del doctor Manuel Calá, hoy alto funcionario de nuestro Ayuntamiento.

La negrita del ajiaco se llamaba Eulogia. A la sazón tenía diez y seis años y gozaba fama de muy lista. Cuéntannos que una vez que el célebre celador Quiñones la sorprendió saliendo de la casita de la Peña Pobre con las cantinas vacías y le preguntó que qué hacían allí aquellos señores, Eulogia le respondió sin inmutarse:

—Comé na má. ¿E algún delito comé ajiaco? Si fuera olla...

Once años después, en 1896, afianzada la invasión en Occidente, Eulogia, que contaba ya veinte y siete años, fungía de enfermera en un hospital de sangre que Rius Rivera había instalado en Candelaria. Tomado el campamento por las tropas de García Navarro, y obligada por Weyler a reconcentrarse en la Habana, a fines de 1897 Eulogia moría de fiebre en los Fosos Municipales; y acaso en sus últimos días contempló con tristes ojos, desde aquellos nauseabundos barracones, allí cerca instalados, aquella casita de la Peña Pobre y Monserrate, que tan gratos recuerdos despertaba en su memoria...

Otras veces este ágape era más escogido y delicado, cuando se reunían con Rafael Montoro y otros hombres ilustres de aquellos tiempos, en el Hotel Pasaje, levantado y regentado por aquella fecha, por los arquitectos Zequeira y Reiling, para discutir qué era lo que más le convenía a Cuba: si la Autonomía o la Independencia.

La policía de los Capitanes Generales Castillo Polavieja, Blanco, Rodríguez Arias, rondaba a menudo la casita, pero no se atrevió nunca a asaltarla ni a molestar en lo más mínimo a sus visitantes. Trujillo Monagas informó que aquellos señores se reunían allí sencillamente para jugar «a la siete y media»; y cuando se encontraba con



algunos de los conspiradores, lo más que les decía era «que tuviesen cuidado de no pasarse». De sobra sabían ellos que si se «pasaban», el isleño de las patillas les cobraba en el acto la jugada. En la esquina de Empedrado y Monserrate—hoy Jefatura de la Policía—se hallaba el cuartelillo de los «salvaguardias» y los serenos municipales, a los que se les veía salir de aquél, entrada la noche, con sus lanzas, sus balanceantes farorillos, sus sombreros de hule y sus negras capas, semejando una bandada de murciélagos; y de allí, ya era sabido, a charlar con el «carboneiro paisano» de la calle en que les correspondía la guardia, hasta las «diez y media y sereno», en que empezaban a cantar la hora.

Los conspiradores ocupaban para sus sesiones secretas nada más la parte de la casita correspondiente a la accesoria, viviendo en el resto—la sala y dos cuartos—una familia pobre que costaba para los baratillos de la Plaza del Vapor y la del Polvorin, allí próxima, y que se había inaugurado en 1882, propiedad del señor Tabernilla, padre del hoy teniente coronel y jefe de la Cabaña el señor Francisco Tabernilla. Un teatro chino que ocupaba parte de los altos de la Plaza, tenía siempre alborotados los alrededores con sus escandalosos y disonantes platillazos, y el doliente y penetrante gemido de sus chirimías y violines...

Diez años después, alrededor del 95, veíamos a don Carlos frecuentemente en aquella mesa del café de Tacón, próxima a la entrada del teatro, formando parte de aquella animada peña en la que rara vez faltaban el empresario cubano Narciso López, el autor y actor don Joaquín Robreño, el actor Pildain, Juan Ferrer, Pancho Varona Murias, Agustín Cervantes, el periodista Ramos Merlo, Hernández Miyares, etc., etc. De aquella peña y de aquellos conspiradores, no quedan—¡ay!—mas que el venerable don Carlos Figueredo y la vieja casita de la Peña Pobre y Monserrate: UNA ESQUINA DE HISTORIA.

